

CAPITULO VII.

VIDA Y HEROICAS VIRTUDES DEL P. DIEGO DE VANDERSIPE,
EVANGÉLICO MISIONERO
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN LAS MISIONES DE SINALOA.

§ I.

Su entrada en la Compañía, estudios y viaje desde Flandes á España para pasar á las Indias.

Nació este siervo de Dios, para mucha gloria de Su Divina Majestad, de padres muy honrados, en la ciudad de Gante, bien celebrada en los Estados de Flandes, por haber nacido en ella el invictísimo Emperador Carlos V, habiéndole criado sus padres en toda cristiandad y virtud y dándole estudios de latinidad, en que aprovechó con muchas ventajas; pero su natural alentado en aquella edad juvenil, le inclinó á la milicia española de aquellos Estados, con tanta aplicación, que sentó plaza y fué capitán, deseando alcanzar por las armas de las banderas de España la militar gloria á que por entonces le llamaba su alentado ánimo. Pero Dios, que lo había elegido para que emplease ese alentado fervor en vencer otras muy arduas y dificultosas empresas por Cristo y en ayuda de la salvación de las almas, habiéndolo ya empleado cinco años en la milicia del siglo, le llamó á su Compañía Jesús, en la Provincia de Flandro-Bélgica; y habiéndolo sido recibido en ella y acabado con grande ejemplo de muy religiosas virtudes y aprobación de los Superiores el noviciado, juzgando el Padre Provincial Carolo Escribano (varón de tan grande religión y letras, como se sabe) que no necesitaba el Hermano Diego de Vandersipe de reformarse ni en Latinidad ni en Retórica, ni que se detuviese en leer Gramática á la juventud (ministerio casi indispensable en aquella Provincia), le ordenó pasase á estudios mayores para que pudiese con brevedad emplearse en la ayuda espiritual de los muchos españoles que hay en aquella Provincia, á quienes era tan bien afecto, que le llamaban sus compañeros Jacobo español, y en cuya lengua se había adelantado mucho con el trato ordinario de la milicia. Acabada su Filosofía y dos años enteros de Teología Escolástica, y prosiguiendo con aplauso y lucimiento el tercer año, Dios Nuestro Señor (que, como dijimos) le tenía escogido para empresas grandes y santas, le inspiró unos encendidos deseos y ansias de pasar á las Indias á reducir en este Nuevo Mundo muchas almas al suave yugo de la ley evangélica. Habiéndosele concedido esto, partió de su Provincia Flandro-Bélgica, ordenado ya de Sacerdote, en demanda de la Nueva España, á los principios del año de 1616, embarcándose con otros diez y siete de la Compañía, que con igual vocación habían de pasar y repartirse en las demás Provincias de las Indias. Y en la navegación de Flandes á España les sobrevino un temporal, que así á ellos como á otra nao que

navegaba de España á Flandes con socorro para los presidios de aquellos estados, les obligó á tomar puerto en Plemud, que es de Inglaterra; saltaron los nuestros en tierra, aunque disfrazados en traje de seculares, y el P. Diego de Vandersipe, con título y traje de Capitán, á quien todos los compañeros habían hecho Superior suyo en aquella jornada. Dotóle Nuestro Señor de admirable prudencia en esta ocasión peligrosa, que mostró en este puerto ganando la voluntad de los Gobernadores herejes para que nuestros católicos fuesen bien acogidos y tratados aquellos días que estuvieron en Inglaterra, que eran de Semana Santa y Pascua. Dispuso las materias en esta ocasión con tal recato y prudencia, que de ninguna manera se descubriese que entre ellos había Sacerdotes, por más que lo pretendieron averiguar los herejes, porque de llegarse á descubrir les hubieran impedido el viaje, mandando á los nuestros que escondiesen los breviarios y rezasen con gran recato; mas como su compostura y religiosa modestia no se pudiese ocultar, celaba mucho la advertida prudencia del P. Diego para vislumbrar á los ingleses la presunción que muchos tenían de que él y sus compañeros eran Sacerdotes. Salía el religioso Padre y Capitán disfrazado á visitar á los Ministros del Rey, en aquel puerto negociaba y recababa de los Gobernadores, con la apacibilidad de su estilo y puntualidad de su cortesía, que á los pasajeros católicos de las dos naos no sólo se les diese todo lo necesario de su alimento que pedían por su dinero, sino también que prohibiesen á la chusma el baldonarlos desde la ribera; y cuando salían á comprar el sustento, procuraba también nuestro Capitán religioso, no menos que el alimento de los cuerpos, el espiritual de las almas de los católicos que allí iban, confesándolos y advirtiéndoles que los días de la Semana Santa no comiesen carne ni pescado la Pascua, como lo intentaban con grandes esfuerzos aquellos herejes, por durar entre ellos aun en tiempo de Pascua (según el cómputo antiguo), la Cuaresma que ellos llamaban del Rey, diciendo que la eclesiástica y católica era superstición de los papistas. Salía á las calles el P. Vandersipe acompañado de los otros Padres como soldados, y dos Hermanos Coadjutores que pasaban el paragua y disimulados con título de criados suyos; y hubo menester en muchas ocasiones que se ofrecían el valor de su pecho y advertida prudencia para excusar la nota y sospecha de su religioso estado y sacerdocio, como convenía en esta ocasión; y aconteció tal vez, que llegándose á uno de los que le acompañaban muy fervoroso y sencillo, pidiendo que confesase un inglés, con serenidad respondió el P. Vandersipe, recelando que venía echado de falso: «Si buscáis confesión, hermanos, dejad á este hombre pobre y simple, veníos conmigo á la nao de los españoles, que allí viene un sacerdote con quien nos confesamos nosotros como católicos;» con que lo despidió sin que entendiese era sacerdote con quien hablaba; los Padres y Hermanos que iban con el Padre, aunque disimulados con el hábito, no acertaban en la calle y posada que habían tomado, á disimular su grande modestia religiosa, lo cual era ocasión para que á veces en la posada los escarneciese la huésped, y entonces el P. Vandersipe, con el prudencial recato que se requería, y aprovechándose del ultraje, les manifestaba la diferencia de la ley católica á la de sus sectas heréticas, pues estas tenían por efectos la descompostura libre de la huésped y sus secuaces, y la fe católica no producía menos que mucha

compostura, honestidad y modestia. Obrando tales efectos sus celestiales palabras en los corazones de sus oyentes que, corregidos, se le aficionaban diciendo del Padre que era un Capitán muy cuerdo y muy católico, y que aquel despejo y recato y entereza de costumbres, procedían de ánimo generoso y cristiano; y así el día antes de embarcarse, llorando la partida de los misioneros, decían que si los demás católicos eran así tenían por sin duda que la ley católica era la verdadera y la suya la falsa, y vueltos á él añadieron: «dí, Capitán, ¿qué respondes á esto?» El Padre, con mucho fervor y deseo, les dijo que nuestra ley es la cierta; «yo os lo aseguro, y esto es ciertísimo, cuanto al otro punto no puedo yo aquí entrar en disputa de esta materia por no contravenir á las capitulaciones de las paces de ambos reyes, mi fe es la romana, y es santa, y ciertísimo que los que la profesan y guardan se salvan, y por esta verdad daré muy alegremente mi vida.»

Pasada la Pascua, y ya reparada la nao, se hicieron á la vela para España, y llegados al puerto de Ribadeo, en Galicia, prosiguieron á pie, como pobres, su camino hasta el colegio de Salamanca. Pero en Galicia encontraron un Padre del colegio de Monterrey, que andaba en misión; y aunque ya viejo, viendo el fervor y alegría con que caminaban á pie el P. Vandersipe y sus compañeros, quiso él también acompañarlos á pie dos leguas, dándoles al despedirse en nombre de su superior una alforjilla y algún dinero para socorro de su viaje, quedando ellos de esta caridad y religión igualmente edificados y agradecidos. No fué menos la caridad religiosa que experimentaron nuestros peregrinos en la generosidad santa del P. Morejón, que á la sazón era Vice-rector del colegio de Salamanca, porque recibéndolos como á unos ángeles del cielo, no sólo se desvelaba en el regalo de estos santos peregrinos, sino que los proveyó de ropa, viático y cabalgaduras hasta Sevilla, venciendo resueltamente esta caridad á la resistencia con que el espíritu pobre, fervoroso y apostólico del P. Vandersipe y sus compañeros aún rehusaban aquella comodidad religiosa. Quedó el P. Vandersipe tan reconocido á este hospicio de caridad tan debida, que después solía decir (porque era muy humilde y agradecido): «Mucho bueno he visto en España; mas si no hubiera visto otra cosa más que la religión y caridad del colegio de Salamanca y su Rector, y la del misionero de Monterrey, diera por bien empleado el haber peregrinado por todo el mundo.» Y añadía con el ánimo sincero de verdadero hijo de la Compañía: «Estos Padres sin duda son como quería nuestro Santo Padre Ignacio que fuesen los nuestros: humildes, caritativos y ajenos de ostentación.»

§ II.

Su navegación á las Indias hasta llegar á las Misiones de Sinaloa.

Por todo el camino que andaba este siervo de Dios iba dejando muy aficionados á su espíritu verdaderamente apostólico, á todos aquellos pueblos, lugares y posadas de Galicia y Castilla la Vieja; porque en cualquiera parte donde llegaba, procuró siempre remediar muchas almas, aprovechándose de la lengua española que había aprendido en la guerra, aunque no bien pronunciada, que era bastante para los minis-

terios de la Compañía; y como le veían tan apacible y de tan celestial compostura, oyéndole decir á veces algunas jaculatorias de grande fervor, se llegaban algunos, á los cuales recibía con mucha cortesía y apacibilidad, dando gracias á Nuestro Señor de verse entre tantos que eran verdaderos católicos, lo cual decía por haber andado en partes inficionadas de la herejía. Y con muchas muestras de alegría les decía á los españoles: «mucho más me alegra saber bien su lengua y servir mucho á vdes.; si me quieren mandar algo, lo bastante sé para que me entiendan; miren si tienen alguna duña, ó aficción en sus almas, ó buscan algún consuelo espiritual, que con mi poca lengua les deseo servir, y Dios suplirá lo demás, por favorecer á vdes., españoles, que son buenos cristianos: y si no se les ofrece otra cosa, cuéntenme cosas de devoción de tantos Santuarios de Nuestra Señora como tiene este reino, alegremente (era éste su ordinario estribillo), que estimo y amo mucho á los señores españoles.» Con este amable estilo se le aficionaban todos, siendo grande el fruto que en ellos hacía este grande siervo de Dios, no sólo en los lugares y pueblos de sus jornadas, sino en los Colegios de Sevilla y Cádiz, dejando á los nuestros con grande estimación de su virtud, prudencia, caridad y celo de las almas: buenas prendas todas de que Dios le había dotado. Llegóse el tiempo de embarcarse para las Indias, que fué en Cádiz, á 5 de Julio de aquel año, haciéndose á la vela á los siete, con otros 32 de la Compañía. Habiéndose, pues, embarcado en un navío, cinco días después á vista de las Canarias, fué necesario que los 32 compañeros se repartiesen en diferentes naos, y cúpole al P. Diego Vandersipe, con otros tres de la Compañía, pasar á la de un vecino de Triana, llamado Juan Caro, que pagándose luego de la apacibilidad del Padre y de la religiosa modestia de sus compañeros, así él, como otro capitán de mar, les dejaron libre la cámara de popa; obligándoles por todos caminos que la recibiesen, no obstante que rehusaban no poco los Padres esta tan liberal oferta. Extendióse más la caridad de estos caballeros á no permitir que se les metiese bastimento ninguno, asegurándoles que lo que tenían en la nao, el uno como dueño de ella, y el otro como encomendero de cantidad de mercaderías, que no les había de faltar el sustento mientras ellos le tuviesen, como sucedió por lo restante de todo el viaje: efectos todos de la veneración con que desde luego respetaron en el P. Diego una muy afable virtud y santidad, que admirada cada día más de todos los del navío, y en particular de los del dicho Juan Caro, solía decir muchas veces: «yo nunca había tratado en mi vida á los de esta Religión; mas ya no veo la hora de llegar á tierra, y volver á mi casa, para nunca tratar mis cosas con otros que los de la Compañía;» pidiendo á los Padres que le admitiesen á su conversación los ratos que hubiesen de estar ociosos en el navío. Al principio mostraron algunos marineros descontento de la compañía de los Padres, pero después, viendo el concierto de su vida con que acudían á los ejercicios espirituales de oración mental y vocal, como si se hallasen en sus colegios; y rezando todos los días los cuatro compañeros que iban, el Rosario de Nuestra Señora y sus letanías, en la plaza de armas, fueron cobrando más amor y tanto cariño, en especial con la afable conversación del P. Diego Vandersipe, que fué poderoso oponer tal concierto y orden á sus costumbres, ayudados de las pláticas que les hacía dos veces en la semana; que ya los más de ellos se confesaban cada ocho días, y otros

tres y cuatro veces en la navegación, con tanta alegría del capitán del navío, que llegando á vista de la Veracruz para tomar puerto, el día siguiente, que fué el de San Nicolás de Tolentino, dijo: que casi le pesaba de ver acabado el viaje, considerando el concierto de vida y trato santo con que habian pasado en aquella navegación. Efectos de la prudencia grande y atención con que el P. Diego Vandersipe se gobernaba en el ejercicio de los ministerios. En este tiempo y ocasión, pues, para que se ejercitasen con mejor sazón y tiempo, se aconsejaba primero con el capitán, y esto con tanto cuidado, como se verá por el caso que les sucedió: Sobrevinieron una tormenta gravísima en el Golfo Mexicano, y llegándose en este peligro y ocasión uno de nuestros religiosos á confesarse, le detuvo, diciendo: «aguárdese hasta que sepa del capitán si conviene exhortar á la gente de mar á lo mismo; porque con razón temerá que se desalienten los otros, y dándose por perdidos dejen de ayudar y trabajar;» y á poco rato el mismo capitán les dijo: «Padres, vuestras reverencias acudan á Dios, y procuren que nuestras almas se salven; y yo acudiré á las manos para que se salven sus vidas, de las cuales hago testigo á Dios y á su Madre Santísima, que las de todos y de cada uno de cuantos somos, hasta la de aquel niño (puso la mano en la cabeza de un muchacho que servía de barrer la nao), me dan tanto cuidado como la mía, y el desamparo de mi casa, mujer é hijos, que se arriesgan aquí. El riesgo es grandísimo, y el mayor que he tenido en 34 años y más que navego estos mares, y si escapamos es por sus oraciones.» Levantóse el Padre como pudo, en medio de los golpes de mar, y con gran fervor y confianza le dijo: «Señor capitán, escaparemos sin duda por el celo digno y diligencia de vd.; ánimese alegremente;» y dicho esto, ordenó á uno de los Padres que oyese confesiones en la cámara de popa; y al religioso estudiante que se había llegado á confesar, le dijo: «no tema, que cuando haya amainado algo este tiempo se confesará.» Salió al cambés del navío é hizo un razonamiento á la gente, esforzándola como el mismo capitán lo pudiera hacer; diciendo que el peligro no era tan grande como otros que él había padecido, y que nunca le había para una buena conciencia; que acudiesen con ánimo y prontitud al trabajo, mostrando con esto: por una parte, la mucha confianza que tenían en Dios; y por otra, no faltando á los medios humanos, de que quiere su Majestad que nos valgamos como lo hicieron los santos cuando lo pide la necesidad; llamando á la confesión á la gente él se quedó confesando sobre cubierta, animando á unos y aplaudiendo á otros que trabajaban, como si lo fuera uno su oficio y ocupación. Cerca de la noche se volvió á la cámara de popa, sin quererse mudar ropa, aunque la que traía estaba hecha un agua de los golpes de mar y aguaceros, ni tomar siquiera un bocado para desayunarse, por no haber comido ni bebido cosa alguna aquel día. Y teniendo á prima noche algunos vaivenes mucho más recios que antes, y en especial tres de ellos, dijo á la gente: «que no es nada;» y al postrero repitió: «ya se acabó.» Recostóse luego sobre un escaño en lo interior de la cámara de popa, asido con la mano á una ventanilla que salía á un corredor, mas no cesaba desde allí con palabras de agradecimiento de invocar á los Santos, exhortando á los demás que lo hiciesen así, con una paz y sosiego, que en los que le oían causaba admiración. Ya cerca del amanecer, cumplidas las 24 horas de la borrasca, ya mainando la tempestad, re-

posó un buen rato; pero saliendo luego al convés del navío, exhortó que estuviesen muy alerta, porque á veces las calmas amenazaban mayor riesgo: apenas hubo dicho esto, cuando embistió por la popa un golpe de mar con tan grande ímpetu, que hizo astillas el corredor y las obras muertas que estaban junto á él, y embocando gran golpe de agua por la ventanilla sobre el escaño donde el mismo Padre se había puesto á reposar, todo lo cual con particular atención notaban los compañeros que venían con él. Finalmente, cesando el peligro y serenándose el mar, prosiguió la navegación hasta saltar en tierra en el Puerto de la Veracruz, que fué el día de San Nicolás; y en llegando á la Ciudad de México este fervoroso siervo de Dios, pidió con grande instancia á los Superiores que lo enviasen á las misiones; y ofreciéndole que oyese un año de Teología que le faltaba, por ser necesario para el grado de profesión de cuatro votos en la Compañía, respondió al P. Rodrigo de Cabredo, Provincial: *Professio quoad me, et respectu meae aetatis est ens rationis.* Que fué lo mismo que decir, que para él no había otro grado de estima sino ser de la Compañía: y con este espíritu de humildad, y sin acabar los cuatro años de Teología, quiso ir á tener su tercera probación al Noviciado de Tepotzotlán, para disponerse en él y prepararse con nuevos argumentos de virtudes para las empresas y misiones á que anhelaba su espíritu y fervor.

§ III.

Señala la Santa Obediencia al P. Vandersipe para las misiones de gentes nuevamente convertidas en Sinaloa, y estándolas doctrinando es flechado de indios perniciosos é inquietos.

Habiendo concluido con su tercer año de probación el P. Vandersipe, y estando señalado para las evangélicas misiones de la provincia de Sinaloa, 300 leguas distantes de México, luego se partió con la presteza y alegría que se deja entender de este Apostólico varón, y cuando hubo llegado á este término, después de sus navegaciones y ansias que desde Flandes le habían traído á las Indias; aquí fué su alegría mayor. Por este tiempo se habían reducido al yugo del santo Evangelio en la provincia de Sinaloa, la nación Neborne, que era numerosa de gente; y con el ejemplo de los yaquis y mayos, y otras numerosas naciones de Sinaloa que se acababan de convertir, habían pedido ministros que los bautizasen en la ley de los cristianos, y su instancia era continua en esta pretensión. Aunque por no haber por entonces misionero desocupado á quien poder encargar de propósito aquella reducción y doctrina, ordenaron los Superiores al P. Diego de Guzmán, antiguo misionero, que entrase en nombre de Cristo Nuestro Señor á tomar la posesión de la nueva cristiandad que se ofrecía, y bautizase á los párvulos y peligrosos enfermos adultos; como lo hizo, con feliz suceso, dando el bautismo á quinientos niños y socorriendo á otros, algunos peligrosos de enfermedad. Pero no pasó adelante en el bautismo de esta nación, porque lo llamaba su doctrina antigua; y porque parece que guardaba Dios ésta para el P. Vandersipe, y para que en esta empresa padeciese los trabajos grandes que se le habían de ofrecer por su divino amor. Porque llegando en este tiempo á Sinaloa de

México, el Padre, se le encargó por el Superior la doctrina y asiento de los nebornes, los cuales ya habían hecho jacales en sus pueblos para iglesias y para morada de su ministro. Recibiónle con muestras de mucha alegría, ofreciéndole otro gran número de párvulos que aún no se habían podido recoger, para ser bautizados en la primera entrada que hizo el P. Guzmán. Estrenándose el fervoroso y evangélico operario en estas tan gloriosas primicias, luego se dió al estudio de la lengua, con tanto cuidado y diligencia, que en breve empezó á doctrinar con grandes fervores á la gente crecida, disponiéndola para el santo bautismo. Tratábalos como á hijos, con tanto amor y benevolencia (propio de su amabilísima condición), que se imprimía en ellos cualquiera cosa que se les enseñase, con tantas veras, cuanto lo mostrará el caso que aquí contaremos. Caminando para otro partido algunos que eran ya cristianos en esta nación, uno de ellos encontró fuera del camino á una india gentil de nación enemiga, y tan enferma, que ya estaba para expirar; y el que la encontró, si fuera en otro tiempo, le cortaría la cabeza y llevaría la cabellerapara bailar con ella, conforme á sus ritos gentílicos; pero en esta ocasión, olvidado de la crueldad de la idolatría, como si fuera muy antiguo cristiano y hubiera entendido la alta doctrina de Cristo, de amar á los enemigos, cargó con esta oveja descarriada que por este medio recogía á su aprisco el Sumo Pastor; y la llevó en sus hombros á la presencia de su ministro P. Diego Vandersipe, quedando alegrísimo de poder remediar esta alma que Dios le enviaba, para ponerla en camino de salvación. Hízole dar algún refresco á la enferma, y volviendo en sí, puso en el Padre los ojos, y preguntándola si quería ser bautizada como los cristianos, la india respondió que sí: catequizada con la brevedad que daba el tiempo, y el peligro presente, bautizóla, poniéndole por nombre el dulcísimo de María, como marcándola para el Cielo, pues con la gracia bautismal en breve expiró.

Informado en este tiempo nuestro General de la humildad y celo santo de ayudar á la salvación de las almas, del P. Diego Vandersipe, y que por emplearse desde luego en tan santo ministerio, y no obstante que sabía muy bien las materias que había estudiado, había renunciado el oír el cuarto año de Teología, para poder obtener el grado de profeso de cuatro votos en la Compañía, le envió su Paternidad orden para que hiciese la dicha profesión tan merecida, con calidad que él por sí solo estudiase en autores las materias que le faltaban. Todo lo cual, como obediente, ejecutó el Padre como se le ordenaba. Conociendo este verdadero hijo de la Compañía que el grado que aceptaba lo que traía consigo no eran excepciones, sino mayores obligaciones de perfección y santidad, y así viéndose profeso añadió nuevos fervores en ayudar á la salvación de los indios. A unos alumbraba con su predicación y los reducía á Cristo y al santo bautismo, y á los ya cristianos los promovía con su cuidado y doctrina en virtudes cristianas, desarraigándolos de pasiones, vicios y ritos de su gentilidad, con tanto fruto, que no pudiéndolo sufrir el demonio procuró asestar á la vida del Padre su artillería, para destruir con su muerte la florida cristiandad de su partido. Buscó traza para conseguir este intento, por medio de unos indios inquietos y poco afectos á la ley cristiana que el Padre les predicaba, los cuales (como más latamente escribimos en nuestra Historia de los triunfos de la fe), pretendien-

do quitar la vida al P. Vandersipe, le fueron á buscar á uno de los pueblos que doctrinaba, y no hallándole allí, como pensaban, le quemaron la pobre casa que tenía y acometieron luego á quemar la iglesia; y lo hubieran ejecutado, si indios fieles no se lo hubieran estorbado. Pero no sosegando su ánimo diabólico que les irritaba, al cabo de tres días, prevenidos de arcos y flechas emponzoñadas, vinieron á la casa del Padre, donde estaba descuidado rezando sus horas, y le dispararon dos flechazos: el uno no le acertó; pero iba con tanta furia y buena fuerza tirado, que enclavó la flecha casi un palmo dentro de la pared donde dió de golpe, y el otro, que acertó al Padre, le clavó el pecho, aunque al soslayo, porque llegando á aquella sazón un muchacho de la iglesia al tiempo que desembarazaba el indio su arco, el muchacho, con una vara que se halló á mano, le dió en la cuerda del arco, con que le desvió el tiro para que no fuera derecho. Pero con todo, el harpón (que era de pedernal con yerba) penetró dentro del pecho del bendito Padre, y corriendo sangre, el muchacho comenzó á dar gritos: «¡que matan al Padre!» A las voces concurrió mucha gente del pueblo, parte de ellos cristianos y que amaban á su ministro, y con gran sentimiento del caso le chuparon la herida por divertir (como ellos lo suelen hacer cuando son heridos) la ponzoña de la yerba; aunque no pudieron sacarle el casquillo de pedernal, porque de pronto le ponen de tal sutileza, que aunque se arranque la flecha, con todo, el pedernal queda dentro de la herida. Sentíase el Padre con ansias de muerte con la fuerza de la ponzoña, que es fortísima; y con todo, á la gente que se había juntado los consolaba, diciendo: «que él moría de buena gana por Jesucristo, á quien les predicaba por el bien y salvación de sus almas;» y lo mismo escribió al Padre que estaba más cercano á su partido, despidiéndose de él y dándole cuenta del caso, con estas palabras: «Mi Padre, de buena gana muero por amor de Dios; encomiéndeme á Dios.» Y á los indios fieles é hijos queridos que tenía delante, del pueblo de Onabas, donde sucedió el caso, como quien se despedía de esta vida, les encargó perseverancia en la fe y doctrina que les había enseñado, y estuviesen constantes y quietos, sin seguir á los intencionados, que á ellos como estaban libres de culpa, no les pararía perjuicio la de los inquietos perturbadores de la paz cristiana. Quiso Dios que este su fiel siervo, á quien quería guardar para el bien de muchas almas, se hallase á poco rato algo alentado; pero con todo, aunque esperando la muerte, se puso en camino para irse á consolar y confesar con el compañero más cercano, 30 leguas de allí, P. Francisco Oliñano, el cual en esta ocasión tenía en su compañía escolta de seis soldados, que le había enviado el capitán del Presidio de esta provincia, por tener noticia que de esta parte habían salido las pláticas de alzamiento que se había rugido en ella. Aquí comenzaron á curar al herido P. Vandersipe los soldados, pero con poca ciencia de la cura de yerba tan ponzoñosa, y con tan grande tormento del Padre, que llegaba muchas veces á hacerle perder el sentido el dolor de la cura y de la herida, tanto que ya los soldados le daban por desahuciado. Quiso Dios que en mes y medio que se detuvo en este lugar cobró el Padre la mejoría, que bastó para poder caminar casi cien leguas de distancia que hay á nuestro Colegio de la Villa de Sinaloa. Aquí se quedó curando por muchos días, porque no acababa de salir el harpón de pedernal, y purgándole siempre un pestilentísimo olor,

con tanto martirio de dolores, que le hubieran quitado la vida, si Dios con su particular Providencia no se la hubiera conservado. Y aunque estos accidentes pudieran ser motivo para salir de las misiones y venirse á la provincia á tratar de su salud, no quiso el muy fervoroso Padre salir de ellas ni desamparar el campo, con mayores alientos que cuando seguía la temporal milicia en el siglo. Aunque considerando el Superior, que por la pesquisa que habria de hacer el capitán de Presidio sobre este caso, podrían los parientes de los agresores intentar otra vez la muerte del Padre, determinó quitarle de ese peligro y que pasase á emplear su santo celo en ayudar la cristiandad del río de Yaqui, como se hizo, ejercitando su santo fervor el P. Diego Vandersipe, con grandes esfuerzos y nuevo ánimo por lo restante de su vida en este nuevo partido, donde no fueron menores los frutos de esta doctrina y trabajos santos hasta su dichosa muerte.

§ IV.

Heroicas virtudes del P. Diego Vandersipe y su santa muerte.

Más de treinta años estuvo este siervo de Dios en las misiones de Sinaloa, tan ocupado en sus ministerios y con tanto celo de la salvación de las almas, y tan olvidado del amor y memoria de su patria, que solía por gracia decir que era natural de Culiacán (Villa que está á la entrada de la Provincia de Sinaloa), sin poderle jamás reducir á que escribiese á su tierra ó parientes, que desde luego procuró con toda resolución borrar todo eso de su memoria, con tanto despego, que huía de los flamencos seculares que le iban á visitar en España, remitiéndolos á los compañeros que iban con él; lo cual procedía de haber entendido que conociéndole algunos lo culpaban á él y á su Provincial, porque siendo de ilustre nacimiento y muy á propósito para Flandes, le había concedido el pasar á las Indias; y cuando llegó á sus oídos esta queja, indignándose dijo: que era tan malo y tan inútil, que si con fin de librarse de él le hubieran quitado de Flandes, hubieran hecho mucho servicio á Dios y bien á la Compañía. Y sucedió, que concurriendo algunos señores flamencos principales en Cádiz á visitarle, se escondió, de manera que no pudiéndole hallar, como le afeasen aquel retiro sus compañeros, quiso satisfacerles con una respuesta de no menos edificación que las pasadas, diciendo que aquellos señores habían conocido y tratado en Flandes á muchos Padres muy graves y de grande caudal, y «yo (añadió) soy un tonto; háblenles vuestras reverencias, que les ha dado Dios muy grande caudal y talento;» y á otro Padre dijo más particularmente que se había retirado porque aquellos nobles flamencos conocían á un cuñado suyo que actualmente era Gobernador de una de aquellas ciudades, añadiendo: «no tiene él comparación conmigo ni yo con él, porque aunque él es hereje, es muy noble, y yo no fui más que un soldado que apenas merecía ese nombre; y así, no quiero que por lo que él tiene de iustre humano hagan estimación de mí, no teniendo yo cosa buena.» Exhortándole un Padre flamenco que escribiese á sus deudos, le respondió que quizá escribiría de México; pero que con eso habría concluido para toda su vida con Flandes; entristeciéndose el otro Padre diciéndole que qué mal

había recibido de Flandes ó qué le había descontentado en los Padres de su Provincia, ó qué daño le harían ó estorbo para adelantar la devoción algunas cosas que de allá le remitirían si les escribiese? Respondió: «cuanto á los Padres, son muy santos los que hay en Flandes; cuanto á los prójimos, darles hé lo que tuviere como Padre y como Hermano; cuanto á Flandes, no necesito de él sino olvidarlo.» Y lo olvidó tan de veras, que nunca más en su vida se acordó de su tierra, viviendo entre los indios de Sinaloa y en los trabajos incesantes de sus ministerios, con tanto gusto, como si toda su vida se hubiera criado en la extrema necesidad que padecía y amaba, con falta á veces de lo muy necesario para la vida; pues su ordinario sustento era, cuando mejor lo pasaba, pan de maíz y tasajos de vaca cocidos en agua, y aun esos no siempre los tenía. Su vestido era pobrísimo; nunca se calzó más que unas botas de badana y zapatos que traía muchas veces sin suelas, ni otra camisa sino la que traía puesta, hasta que se rompía; sus libros, fuera de su Breviario y Diurnal, eran muy pocos, y esos de devoción, como el de las Meditaciones, del P. Buseo, y el *Contemptus mundi*, sin otras comodidades ni alhajas; y con ser tan extremada para consigo la pobreza de este siervo de Dios, era de tanta generosidad de ánimo para con los pobres, que si hallándose con algunos seglares en conversación llegaba á pedir limosna un mendigo, al punto se apartaba á buscar algo, aunque fuese un pedazo de pan, y rasándosele los ojos de lágrimas, le decía con su sincero lenguaje: «ten paciencia ahora, pobre, que representas á Jesucristo, que después Dios te hará muy rico en el Cielo.» Habíanle llevado de México parte de la limosna que el Rey da á los misioneros en lienzo, de que estaba muy necesitado, y un Padre á quien no le habían llevado ropa le pidió cuatro varas de limosna; en oyendo decir de limosna, se le saltaron las lágrimas, y repitiendo: «de limosna, de limosna,» entró en su aposento y se las dió, queriendo padecer él la necesidad porque su Hermano y compañero no la padeciera.

Conforme á su pobreza fué su humildad, resplandeciendo no sólo en el despego con que trataba los nobles lucimientos del mundo (como se ha dicho), sino en reconocerse por infimo á los demás; pidiendo consejo y dirección á otros de estado inferior, para regular sus acciones. Dió una vez á los Padres de su navegación la ropa interior que traía de invierno; y aunque él, como Superior que era de los otros, podía hacerlo, con todo, consultó á un Hermano estudiante de los que navegaban con él si podía darla; porque aunque él hacía oficio de Superior por haberlo ordenado así el Padre Provincial, pero viniendo otros Padres, por ventura no dejaría de ser alguno de ellos asignado Superior suyo en lo espiritual; sin cuyo beneplácito no podía lícitamente disponer él de cosa alguna: escrúpulo fué éste nacido de su humildad, que por otra parte no era escrupuloso, y de que no se aquietó hasta que el Hermano estudiante le dijo que no podía creer que el P. Provincial hubiese señalado otro Superior suyo secretamente, y que le parecía ser ésta traza del enemigo, para impedir el socorro que quería hacer á aquel pobre: «eso es sin duda, eso es,» dijo el P. Vandersipe, con lo cual quedó sosegado su espíritu. En la primera plática que hizo á sus navegantes en el navío, dijo algunas palabras ó términos que no sonaban bien en el lenguaje español, los cuales movieron á los oyentes á risa; pidiéles el buen Padre perdón, de que no sabiendo su lengua los cansaba, y que

por amor de Dios tuviesen paciencia. No quería volver á platicar más; pero los mismos le rogaban muchas veces que continuase sus pláticas, engolosinados del fervoroso espíritu con que las hacía; y un anciano pasajero le instaba con estas palabras: «Padre Diego, el demonio es el que le disuade que no haga pláticas; mucho nos reimos de su palabra, «pero él cargado de peras» (había querido decir el Padre en su plática, peral cargado de peras); mas yo le aseguro que las peras se han convertido en mastines, que me mueven y me quitan muchos ratos de sueño, y me hacen gemir y temer. Deseo mucho confesarme de espacio.» Razón que obligó al Padre á proseguir con sus muy fervorosos sermones.

La caridad, junta con prudencia de este ferviente siervo de Dios, se echará de ver en una ocasión que se le ofreció en este viaje. Venía en la nao con el P. Diego Vandersipe, un Hermano nuestro, Coadjutor, que después fué bien nombrado y venerado en México por su mucha capacidad, religión y virtud, y fué Procurador General muchos años de esta Provincia. Era cuando venía de España el Hermano Toribio Gómez (que así se llamaba), novicio, y tenía á su cargo el disponer la comida de los demás Religiosos; traíala el Hermano muy mal sazónada á la mesa, y del mal tratamiento que él á sí mismo se daba, andaba siempre tan pálido que parecía un difunto, y con este semblante y algunas acciones de hombre asimulado que hacía, le tenían por tonto los navegantes y era motivo de risa para aquella gente. Sentía mucho el P. Vandersipe la burla que se hacía del Hermano, advertíasele muchas veces, y no se enmendaba, con que entendió el Padre que era incapacidad natural de aquel Hermano; y deseando hallar el remedio, lo consultó con otro casi novicio, que iba en la misma nao; y entendiendo de éste que el Hermano Toribio, leyendo la vida de San Juan de Dios, y siendo en el siglo hombre de mucha capacidad, había propuesto el fingirse loco por Dios; le mandó expresamente que mudase estilo, diciéndole seriamente: «Hermano, si quiere que esto se lo agradezca Dios, hágalo con juicio; y cuando juzgare que no lo tiene, pídale a Dios, que Él se lo dará.» Obró de modo en el espíritu religioso del Hermano Toribio aquesta dirección prudentísima, que ya la risa del navío se vino á convertir en respeto y veneración de su mucha virtud, tanto que el anciano pasajero de que hicimos mención, decía: «¿Qué es esto, Padre? Mucho deben á esta nao, pues nos trajeron un Toribio tonto y se les ha vuelto un San Diego.» Y hasta los pajecillos de la nao le llamaban Toribio el santo tonto. Como esto aprovechó la prudente advertencia que dió el P. Vandersipe á este Hermano, que le duró toda la vida, porque casi veinte años que fué Procurador General de la Provincia de México, dió singulares ejemplos de religiosas virtudes, como en la relación de su vida queda dicho.

La oración del P. Vandersipe fué continua; en la navegación no se desnudó jamás, pasando las noches enteras en contemplación santa, á que se prevenía de parte de noche por un libro del P. Buseo, meditando los puntos como si los hubiera de tomar de memoria; y entre día se le caían de la boca algunas jaculatorias devotas, repitiendo á menudo el Himno de San Pedro Damián, en que se significan los afectos de una alma cuyos deseos caminan al Cielo. Y el recogimiento de sus sentidos y compostura de su semblante, fué siempre de hombre que trataba continuamente con Dios. Traslucíase la apacibilidad de su alma

en una modestia angelical y virginal vergüenza, que componía y causaba respeto á los que le miraban; y fué tan recatado en esta materia, que viendo en manos de un Hermano estudiante un Virgilio, se lo pidió con todo el agrado del mundo, y de allí á un rato, volviéndoselo, le dijo que le agradecía mucho el no tener aquel libro algunas obrillas que andaban en otros; y preguntando cuáles, respondió en latín (que me ha parecido poner aquí, porque se echa de ver la sinceridad de su lenguaje): *Si non legisti facias et existima me nihil dixisse*; y respondiéndole el Hermano: *Fortassis id dixisti propter...* Aquí le atajó la razón, prosiguiendo: *Nihil prorsus ulterius loquaris sed siquid indignum in alio libro vel legisti, vel audisti, id quidquid sit tamquam religiosus auribus prorsus indignum ne proferto repressa sunt hæc, et similia a ministris tribunalis fidei, quæ tamen illa sint haud quidquam vidi hactenus, sed neque videbo.* Palabras todas que denotaban el singularísimo recato con que vivió siempre este religiosísimo Padre, de que no se pudiese empañar el corazón con el pensamiento más mínimo contra toda pureza. Otra vez, hablando en manera de quiete, de la puntualidad de la obediencia, dijo uno: «para obediencia puntual, la de la milicia;» y aquí, casi con indignación, respondió el Padre: *Nil prorsus boni reperitur in militia, obediunt, sed non ex virtute, quoniam tantum accurrunt ex timore, ad id quod imperatur. Nihil omnino laudes in militia, quoniam ipsa malum necessarium est.* Y dándose al mismo punto él á sí mismo dos golpes en el pecho, parecía le brotaba fuego del rostro, dejando á los presentes edificadas, y entendiendo que con ocasión de la milicia se le habían acordado algunas palabras ó desórdenes de los soldados en el siglo, cuya memoria le ofendía mucho.

De la virtud de la paciencia de este perfecto varón se pudiera decir mucho, porque fué admirable; pues habiendo vivido treinta años en las misiones con tantas descomodidades y trabajos, nunca se le oyó queja ni exasperación en el ministerio contra ninguno, ni español ni indio, ni en el prolongado martirio de achaques y llagas que le resultaron del flechazo que recibió, padeciendo gravísimos dolores tantos años, lleno de fistulas, cerrándose unas y abriéndose otras, con grande conformidad con la voluntad de Dios y alegría de verse padecer por el amor de sus ovejas y queridos indios, y por haberles predicado la Doctrina de Cristo y puéstoles en el camino de salvación. Habiendo, pues, trabajado tantos años este soldado de la milicia de Jesús, se le llegó el tiempo de recibir el premio y paga merecida de sus santos trabajos, y sobre los pasados le ocurrieron al pecho unas reumas que le vinieron finalmente á ahogar, previniéndose para este último trance con unos ejercicios de diez días, á que poco antes se había recogido en la morada del Superior de aquellas misiones, con tanta penitencia de cilicios y disciplinas, que era menester irle á la mano. Y habiendo llegado un domingo por la tarde, dijo que moriría aquella noche; y preguntándole varias veces si tenía alguna cosa que le diese pena, respondió con el rostro muy alegre que nada, nada; y recibió los Santos Sacramentos, y muy atento siempre á cualquiera cosa que se le hablaba de Dios. Le llamó su Divina Majestad para premiarle sus religiosas virtudes y santos empleos aquella misma noche que él había dicho, al amanecer, para que gozase del día glorioso de la eternidad.

Murió el apostólico varón en un pueblo del Río de Yaqui, á los 10 de Enero de 1651, de edad de 67 años, en sus amadas misiones de Sinaloa

y entre los pobres indios, que desde Flandes á tan remotas regiones con tantas ansias había venido á buscar, no con otro fin que para encaminarlos al Cielo, como en efecto fueron casi innumerables las almas que allá encaminó, de párvulos y adultos que bautizó, sin otros muchos, que aunque él no los bautizó, los sustentó en la fe y con la leche de su católica doctrina y celestial enseñanza. Conoció á este bendito Padre, y desde el punto que le vió me pareció un ángel; y después, desde sus misiones, me comunicó con algunas cartas que me escribió, en que por una parte daba muestras de la singular humildad de que Dios le había dotado, y por otra del ferviente celo que siempre tuvo de la salvación de las almas; y siempre le miraba como á uno de los confesores de Cristo, que por la predicación de su santísima fe había derramado su sangre y ofrecido su vida, porque la herida que recibió fué suficiente para quitársela, si Nuestro Señor, con su particular providencia, no se la hubiera conservado para que el martirio fuese más prolongado, y ese le durase por muchos años, hasta el dichoso fin de la santa vida que en esos años ejerció.

CAPITULO VIII.

VIDA, VIRTUDES Y APOSTÓLICOS MINISTERIOS
DEL P. PEDRO ZAMBRANO,
QUE POR TIEMPO DE TREINTA AÑOS SE EMPLEÓ EN LA PREDICACIÓN
DEL EVANGELIO EN LAS MISIONES DE SINALOA.

§ I.

*Su venida á la Nueva España,
sus primeros empleos que tuvo en las misiones de Sinaloa,
y casos maravillosos que le sucedieron.*

Nació el P. Pedro Zambrano en la Villa de la Ribera, en Extremadura, de padres piadosos y nobles; tuvo su noble padre gran cuidado de imprimir la virtud en sus hijos: el P. Pedro Zambrano, entre sus hermanos, con otro, que fué el P. Juan Blanco, entraron en la Compañía. Tuvo por maestro de novicios al P. Diego de Sosa; pasó á esta Provincia de Nueva España, en ocasión que volvía á ella el P. Nicolás Arnaya. Fué siempre notablemente amado y querido por su condición apacible y urbanidad religiosa, así siendo estudiante como siendo Procurador del Colegio de México algunos años, oficio que ejerció con aprobación de los Superiores; el de 1622 pasó á la Provincia de Sinaloa con el P. Hernando de Villafañe, Visitador que fué de aquellas misiones, adonde luego que llegó le señaló el Superior para que en el Río de Mayo se encargase del partido de Santa Cruz, donde le cupo buena parte de los bautismos de adultos que faltaban por bautizar; aquí comenzó luego á trabajar incansablemente, edificando Iglesias y labran-

do casas, que dos ó tres veces las asolaron las copiosas avenidas del río; pero su primer cuidado fué aprender con gran perfección la lengua sinaloense, tanto que las más de las noches leía algo de ella, aun después de ser consumado maestro en ella.

Desde luego comenzaron á lucir en el Padre sus grandes virtudes, llevando la delantera la que es madre y reina de las demás, esta es la caridad, que mostró y ejerció así en lo espiritual como en lo temporal, con afecto de padre y madre de todos los pobres. Desvelábase principalmente la atención de su caridad en la suma puntualidad de la administración de los Santos Sacramentos, extirpación de vicios y predicación de la palabra evangélica, acudiendo al ministerio de mil seiscientos vecinos de los pueblos que tenía á su cargo; gastaba lo más del año atareado al confesonario, confesando cuatro ó cinco mil almas; las doctrinas y sermones eran sin faltar un punto á las obligaciones de un varón apostólico, atendiendo con especialidad en dar á conocer los engaños del demonio en las hechicerías que suelen reinar en gentes bárbaras y nuevas en la fe. Y cuando con sus grandes hambres se retiraban los indios veinte ó treinta leguas á buscar su sustento, en tales ocasiones, como no podían venir al pueblo, salía el santo celo del Padre á penetrar los más tupidos y espinosos bosques, y á montar los riscos más empinados, tal vez á pie, hasta conducirse á rancherías, adonde levantando una ramada de ramas de árboles, confesaba á los necesitados, bautizaba á los párvulos, sacramentaba á los enfermos, á quienes socorría con bastimento que llevaba prevenido, gastando en este santo empleo en varias rancherías buena parte del tiempo que duraba la hambre, hasta que lo era de la siembra, dándoles hasta la semilla que habían de sembrar. No fueron pequeños los trabajos y peligros en que se puso en los montes, pues una noche, estando durmiendo, le rodeó dos veces la tienda un tigre.

Era admirable su caridad, y tal, que si le llamaban á una confesión estando comiendo, dejaba de la boca el bocado y se ponía en camino á cualquiera distancia; y no fueron sin misterio estas vigilancias, como lo dirá un caso que le sucedió con un Fiscal, el cual fué notablemente descuidado con los de su parcialidad, y por su descuido, en ausencia del Padre, murieron algunos sin confesión; lo cual, sabido del Padre, le movió tal sentimiento, que le dijo con espíritu (al parecer profético): «De parte de Dios te aviso que has de tener muerte semejante si no te enmiendas;» dentro de ocho días murió de repente sin confesión el dicho Fiscal, sin accidente ó enfermedad que le ocasionase la muerte. Pagábale Nuestro Señor de contado tan santo celo, granjeándole estimación y veneración con los indios, y más con un caso que le sucedió con un indio, el cual había muerto ó lo parecía, sin confesión; y sabiéndolo el Padre se afligió sobremanera, lastimado del estado de esta alma. Trajéronle á enterrar, y al empezar á cantar el responso, el Padre, movido de un interior impulso, le mandó sacar del féretro y desenvolverlo; púsole sobre el corazón la mano y le pareció que todavía le palpitaba; aplicóle un espejo á la boca y juzgó que vivía; absolvióle *sub conditione*, por lo que podía suceder; mandó aplicarle algunos remedios, con que revivió y sanó perfectamente, ayudado de la caridad del Padre; caso con que después cada vez que el indio veía al Padre, con grande risa y alegría le solía decir: «yo soy el que resucitaste, dame tasajos de carne y maíz, porque